

[subir]

le
S

HISTORIA
CRITICA

ISSN (versión en línea): 1900-6152

More Sharing Services
Share on emailShare

Para citar este artículo
Título: Los espacios e
la elite santafereña e
desde una perspectiva

Autor: Suzy Bermúdez
(Diana Urbano^[**])

Tema: Principales aportes a la historia por Darío Berón
Diciembre 2001
Páginas 107 - 128

    [PDF]

Inicio [Revista No 19](#) [Inicio](#)
*Los espacios en los hogares
santaferiense en el siglo XIX:
una perspectiva de género*

Suzy Bermúdez^[*] (Diana Urbano^[**])

RESUMEN

Este artículo busca aproximar las relaciones jerárquicas que existían en el siglo XIX, a partir de los diferentes recintos que constituían el espacio doméstico que se establecían con el entorno, no eran neutras; por el contrario, eran espacios en los que quienes habitaban sus viviendas.

Presentación

El propósito de este artículo es estudiar el ámbito doméstico de la América Latina del siglo XIX, pues los salones, el costurero o la biblioteca no eran lugares masculinos. El androcentrismo[2] que caracterizaba la sociedad.

Es conveniente señalar que a la llegada de los conquistadores y a la imposición de la cultura judeo-cristiana y fortalecida ésta por el desarrollo del capitalismo, se impuso una visión antropocéntrica[3] que no coincidió con muchas de las tradiciones indígenas que hacían parte de culturas sedentarias que mantenían una relación con el territorio.

Durante los tres siglos de colonización, la “explotación” y “dominio” del territorio fue el “progreso” decimonónico. Entre más alejado/a se estuviera de la costa, se valoró entonces más la producción, la acumulación y el consumo, y el género masculino, se impulsó así más claramente una cosmovisión y patrones de vida que con lo femenino. Es así como quienes estaban más cercanos a la costa valoró menos, así como quienes basaban su conocimiento en la práctica valoró más a los/as campesinos/as, los/as artesanos/as, etc.

Los estudios sobre las relaciones de género señalan que en culturas donde el género masculino esa subvaloración del territorio, del cuerpo y de lo “natural”. Ocurre igualmente con el conocimiento abstracto (masculino) frente a lo concreto (femenino).

En las líneas que siguen, presentamos algunos ejemplos de cómo los dirigentes decimonónicos, fortalecieron la mirada masculina en el territorio por los muiscas a partir de la conquista. Más tarde se revisarán con el desarrollo del capital. Por último se introducen unas ideas que sirven de cierre al artículo.

1. el espacio de la ciudad

La constitución del espacio urbano en América Latina fue un proceso complejo y con características diferentes: los peninsulares de origen católico con los indígenas americanos. Se establecen que las sociedades prehispánicas crearon diversas formas de organización que fueron desarrolladas colectivamente, pero cambiaron radicalmente con la llegada de los europeos. Introdujeron otra lógica de organización del entorno: la ciudad. Lo que antes era el papel de ser un gran escenario donde se representaba el poder y poderío, ahora por sus estructuras, las ciudades mostraban lo que se concebía como el poder. Los emblemas como las plazas y las fuentes surgieron como las victorias (en el mundo nuestro). Estos serían los primeros pasos dados hacia la masculinización del espacio.

Aída Martínez señala que el modelo de cuadrícula establecido en la América Latina fue geométrico “excéntrico a la naturaleza”, pues no era éste el que caracterizó el que terminó rigiendo el espacio vital de hombres y mujeres. Alrededor de los cuartos en ellas; más tarde las manzanas y en esta angulosidad del espacio.

B).

Para el siglo XIX, el esquema que los españoles habían tratado de “dos” sociedades ideales, la república de blancos (la ciudad) y la república de negros (el campo) se había perdido por completo en el siglo XVIII. El espacio urbano había sido invadido por mestizos y los blancos/as pobres se volvían campesinos/as[9].

Durante el siglo en estudio, Bogotá, al convertirse en la capital del país. La ciudad era descrita por los viajeros extranjeros como una ciudad marítima que eran los que permitían el contacto con los países europeos. En el siglo, no había variado sus límites urbanos con relación a las posturas. Aumentado: durante el período de 1800 a 1905, la población urbana aumentó y el espacio urbano se redujo y el doméstico pasó a estar dividido en manzanas.

El equipo de investigadores de la Fundación Misión Colombia[11] identificó con cuatro barrios: La Catedral, Las nieves, Santa Bárbara y San Victorino dando origen a nuevos barrios. Esta división administrativa concuerda con el nivel político y social, era La Catedral, debido a que en él se concentraban las sedes de las legislaturas y eclesiásticas; también la mayoría de las iglesias y viviendas de agua y en ella se encontraban las casas de dos pisos existentes en la ciudad. Las viviendas de dos pisos porque la arquitectura bogotana era bastante pesada. Predominaban las de un piso con paredes gruesas debido a los frecuentes terremotos. La casi inexistencia de chimeneas en una ciudad tan fría, debido a que se atribuían poderes maléficos, como lo relata el cronista José María

Existía una carencia de parques y jardines públicos pero esto no afectaba a las viviendas que contaban con amplios patios, huertas y solares, donde abundaban árboles frutales y alimentos. De igual forma, se conoce que a nivel público la plaza principal (Plaza Bolívar) la cual se encontraba rodeada por La Catedral, las sedes de las instituciones distinguidas y pocas chicherías. La plaza era centro de tertulias y eventos.

Para finales de siglo, la única variación que se identificaba en cuanto a la vivienda empezaba a poblar lentamente el caserío de Chapinero con casas y solares que permitían respirar aire puro. La línea del tranvía, el hipódromo y el templo de San Francisco de Asís el sector. Con esto se creó una distinción entre dos zonas de Bogotá conformadas por personas pudientes económicamente y el otro conformado por el resto de la población. En la discusión, describiendo cómo en la ciudad se encontraban establecidos los servicios para las Mujeres[14]. Explica que Santafé no contaba con cafés o restaurantes donde las familias y amistades se reunían en las casas en veladas, durante las cuales se conversaba, después de haber rezado el rosario. Los hombres se paseaban en grupos o se iban a algún establecimiento a fumar, leer o jugar. Las mujeres visitaban en sus casas o tocaban el piano.

Según la publicación de Alberto Saldarriaga, Antonio Castañeda y otros, en el siglo XIX existe un mayor sentido del bienestar, apoyado en los avances tecnológicos y los conceptos de higiene y calidad de vida. Estos servicios fueron mejorados. En la mayor parte del siglo, los mecanismos de provisión de agua fueron mejorados.

pasaban de oriente a occidente, como el San Francisco, el Arzobispo, etc. Se llevaban el líquido a pilas de donde era tomado por las aguadoras o cañerías. Se anotará que para comienzos de siglo solo las familias pudientes tenían cañerías que consistían en poseer una cañería que desviaba el líquido hasta las cañerías del parroquia o barrio de la Catedral (anexo 2).

El equipo de la Fundación Misión Colombia ya mencionado [17] realizó el abastecimiento del agua, a lo largo del siglo, fue un proceso complejo que hicieran el mantenimiento de las cañerías, cajas de reparto y fustes. Se lucraron y abandonaron la preservación de la salubridad ciudadana. Entre otros particulares, Ramón B. Jimeno y Antonio Martínez de la Catedral, un espíritu de la época comprometido con el orden y el progreso. Si bien de la capital, el cambio continuaba con las deficiencias antes mencionadas, el líquido y la calidad del mismo.

Es de recordar que antes de la llegada de los europeos, las familias indígenas del territorio y en parte por eso los reverenciaban. A medida que avanzó el tiempo cambió. Los hogares siguieron extrayendo el agua, pero esta vez no de manera estática al servicio del hombre y de la mujer), así como por las cañerías y la progresiva invisibilización del espacio, del territorio, al igual que el agua.

Otros ejemplos de invisibilización los encontramos en las vías públicas que desaparecieron. En cuanto a la limpieza e higiene de la ciudad en general, se recorda de los esfuerzos realizados por sus dirigentes. Recordemos que los dirigentes, siendo considerados como tales, conocían poco de las tareas consiguientes (adelante) que eran las que permitían la sostenibilidad del entorno.

A principios de siglo, la limpieza de las calles era realizada por varones viajeros describen que además de ser ellos quienes aseaban, de igual manera el agua corriente que fluían por el centro de las principales calles y que para la limpieza, se convirtieron en un vehículo de propagación de basuras que se botaban en ellas cubos de desperdicios [18].

En cuanto a la relación noche/día, tan sólo como otro ejemplo, nos recordamos que Bogotá contaba con un farol que se ubicaba en la alcaldía y en 1820 se preocuparon por extender este servicio a numerosas calles de la ciudad, se recurrió a los recursos para hacerlo (anexo 3). Una de las calles que contaba con farol, donde gracias a la iluminación se brindaba seguridad a los almacenes, porque lo veían como un impuesto más. El alumbrado doméstico empezó a ser poco a poco las familias acaudaladas empezaron a usar lámparas de aceite que eran importadas de Europa. La obscuridad capitalina, que permitía la noche que implicaba la noche y las posibilidades y limitaciones que ofrecía, que ya para esa época había logrado “menguar la noche” gracias a la iluminación del espectador/a. Al finalizar el siglo, Bogotá contaba con cuatro tipos de faroles de reverbero, faroles de petróleo y faroles de gas. Sólo el 7

Si bien el avance del alumbrado de la ciudad, en ocasiones con est

posibilidad de contrarrestar la inseguridad y facilitar la realización del contacto con la obscuridad y con el universo a partir de la misma. Culturalmente se asociaban y se asocian con lo femenino. La luz [1] privilegiado de conocimiento en torno a la lecto-escritura, representación del conocimiento y la sabiduría, con la i-luz-tracción, sino con lo divino. Se conocía como la ciudad “luz”, enfatizando su desarrollo. Escuchar el mundo” se precian por no tener noche, como lo es Nueva York en el siglo decimonónico, la oscuridad característica de la noche, se la presentaba como confusión y el pecado. Se podría plantear además que la oscuridad representaba “progreso y civilización”, por cuanto se la asoció a continentes como América que de acuerdo a su “lectura” eran peligrosos, malsanos e indescifrados.

Creemos que mucho de lo expuesto sigue vigente y por tal razón su estudio y aproximación no sólo tiene implicaciones que limitan las relaciones humanas, sino que puede tener componentes de racismo.

2. la transformación del espacio doméstico

Richard Blanton describe que las formas domésticas construidas en las últimas generaciones, haciendo tangible las divisiones sociales y las jerarquías de la sociedad. La jerarquía social doméstica está evidentemente vinculada a las actividades realizadas en las casas como hábitat; muchos aspectos de la construcción del hábitat. La división, a su vez, especifica poderosos espacios y cuartos específicos para las actividades de varones y mujeres.

Las casas de vieja tradición hispánica transmitieron a las republicanas un gusto por la penumbra y sus solares sembrados de árboles o dispuestos para la sombra. Como describen que “Entre 1820 y 1850 las casas se transformaron, a los techos de colgadura. Se aplicaron moldaduras en yeso en los cielos rasos. A las paredes se le elaboradas. Se colocó vidrio en corredores y balcones”[22].

Los autores de “Casa Republicana: Colombia’s Belle Epoque”, señalan la influencia cultural europea, en donde se vivía la “Bella época”, moda elegante y sensual, y el goce de los placeres materiales. Mencionan así mismo que se identificó una “bella época” en las costumbres y gustos sociales. La actividad urbana coincidió con las reformas liberales que propiciaron cambios que vivían en la ciudad; además la apertura hacia nuevas ideas que generó cambios en la arquitectura doméstica.

Carlos Martínez[23] manifiesta que al adquirir la sociedad bogotana el gusto de la nobleza y la burguesía europea, se produjo la necesidad de crear un comedor compartía el mismo espacio de la sala o un salón. Esta disposición de comedor y el salón estaban situados a los lados opuestos; los otros cuartos, sobre el lado posterior, se abrían los cuartos dispuestos como depósitos, los cuales circundaban un nuevo patio que se denominaría “patio central” en las casas de un piso. Para las de dos pisos, el autor mencionado describió

diseñar una galería situada sobre la estancia de la fachada, a la cual se accedía desde los extremos de la escalera que conducía al piso superior; la segunda galería era periférica al patio. La tercera fue construir salas de recibo hacia la fachada y dormitorios. Al fondo del segundo piso se encontraba la cocina y la planta baja (anexo 4).

La explicación que se ha propuesto, para comprender cómo se conformaron los espacios descritos, se relaciona con los conceptos de individuo, privacidad e intimidad. Ángel Urrego explica que la familia burguesa se encerraba en sí misma, buscando una diferenciación espacial y física entre ésta y las demás clases sociales. Los barrios, sus viviendas amplias, las fachadas de las casas, los innumerable servicios públicos. Esta noción estará, según Urrego, asociada al concepto de intimidad, junto con la noción de vida privada, fueron valoradas por la burguesía adquirió nuevos valores, discursos y rituales que buscaban la privacidad. Se comprueba en la distribución espacial en el hogar; es así como se evidencia más notoria por factores como el género, la edad y la clase.

Si durante el Período Colonial se asociaba a la mujer con el hogar, esto se fortaleció no sólo por la influencia de la religión católica, que duraba hasta el siglo XIX sino por la Victoriana[26]. La separación imaginaria que se construyó entre el espacio público, sirvió para diferenciar las esferas entre los varones y mujeres. El resto de la población difícilmente se acoplaba a esta propuesta, ajenos a ella.

A continuación, presentamos información sobre algunas de las áreas que se asocian al hogar aunque al hogar se lo asociaba a nivel espacial con lo femenino, en el orden que se manifestaban en lo público. La reciente publicación de un espacio cerrado que provee alimento y protección, la casa se construyó por esta razón, el espacio doméstico se asociaba a lo femenino: en él, la mujer se encontraba el hogar[29]. Pero no olvidemos que este centro privado estaba sujeto a la autoridad del Padre.

Como lo señalábamos anteriormente, la imagen externa de la vivienda se relaciona con el espacio público del poder socio económico de la familia (anexo 5 A y B). En la época de la oligarquía de la segunda mitad del siglo, vistas desde la vía pública, la vivienda de un solo piso, la apariencia exterior se veía determinada por la presencia de balcones que eran ventanucos al ras del muro o la ventana protegida por una reja. Los balcones corridos que se complementaban con las galerías interiores.

Los balcones y ventanas revestían gran importancia, especialmente en la casa, como las mujeres, pues se convertían en el punto de encuentro con el exterior. En los casos, lo que separaba estos dos ámbitos eran las rejas o cortinas.

Silvia Arango señala que la relación con la calle era gradual[31]. El espacio se encontraba enmarcado en dos límites: el portón de la calle, que permanecía abierto, marcaba la entrada definitiva a la vivienda, a través del patio o del jardín. En el siglo se introdujeron en las salas muebles franceses, pequeños y cómodos, que cambiantes que definieron el estilo de las casas decimonónicas; las

inútiles pero indispensables para conservar el estilo de vida burgués. Los ricos traen de Francia la totalidad de sus salones[33], buscando tenerlo todo. Dicho mobiliario en parte lo adquirían en sus viajes al exterior. Es el mobiliario moderno eran las áreas de las casas que tenían mayor contacto con el exterior. En las décadas del siglo anterior, en las viviendas se organizaban tertulias que persistió a lo largo del siglo XIX, aun cuando en la segunda mitad del siglo se fueron dando distracciones a las que podían asistir los/as adultos/as de las familias. Teatro Colón.

La biblioteca, cuando se contaba con ella, era un espacio que se usaba para la lectura, las acciones relativas a los negocios fuera de la oficina y, en reuniones familiares o amigos, eran las actividades esperadas. La biblioteca era un símbolo de conocimiento europeizante letrado de los varones de la familia y por lo tanto un espacio masculino.

En las casas de este sector social de la población santafereña, se buscaba un ejemplo lo constituyó la presencia de oratorios o altares pequeños que se mantenían en contacto con los mismos, se esperaba que fueran las mujeres quienes se acercaban a los límites del hogar. En el oratorio a veces se reunían para la oración y allí participaban los/as sirvientes/as. Cuando la vivienda no contaba con oratorio en las casas. Otro ámbito frecuentado por la señora o señoritas del hogar era encontrar instrumentos como el piano. Esta actividad era aceptada como una de sus actividades cotidianas, que en ocasiones era socializada en los salones de los hogares.

A través del siglo XIX se implementó el jardín. El antiguo solar con un patio y un jardín, fue complementado con plantas ornamentales que se colocaban en el jardín que el patio se tornaría en un espacio donde crecerían inicialmente plantas de bajo mantenimiento por el refinamiento europeo, en el ámbito destinado a las señoras se convirtió, gracias al cuidado directo de la señora de la casa y de las sirvientas en un espacio visual y esparcimiento en el hogar. Fue frecuente que en alguno de los espacios del animal doméstico, pero cada vez menos estarían presentes las bestias. La habitación de los padres adquirió independencia, así como la de los hijos. La señora tenían dormitorios separados. Igualmente ocurrió con los niños. Una clara demarcación por sexo y por edad.

El área del patio trasero, que estaba conformada por los cuartos de servicio, se hallaba apartado y casi excluido de los “señores” e hijos/as de la familia. En este patio se encontraban la huerta y los animales. La cocina decimóvil producía mucho humo, de moscas y muchas veces de animales domésticos. Sin embargo, en el siglo XIX, se convirtió paulatinamente en un lugar caracterizado por las transformaciones al inicio de la presente centuria; la implantación de la cocina fija en las familias con ingresos altos contar con aparatos como el fogón eléctrico.

El comedor, al ser el punto de reunión diaria de la familia, tenía un espacio de acuerdo a como se sentaban los/as comensales. El padre estaba a la izquierda y la madre a la derecha. La señora de la casa o las/os sirvientas servían la comida. En un hogar de urbanidad, sabía qué lugares ocupar; la manera de comer; la actitud de los comensales.

limitaba a ser el espacio de reunión familiar para compartir las comidas y los roles jerárquicos entre los/as comensales, y entre estos y quienes les servían en algunas ocasiones, étnicos. No olvidemos que los dueños de casa se sentían humillados, posible también físicamente, y eso esperaban de sus hijos/as, mientras los mulatos/as, indios/as o negros/as (anexo 6).

La incorporación de conceptos como lo limpio y la intimidad del espacio doméstico. Las soluciones propuestas fueron hacer uso de la bacinica, ubicadas sobre ríos; en cuanto al baño, hacer un paseo semanal a la bacinica y el baño diario: consistía en que aprovechando un día soleado se ubicaba la bacinica y la persona se bañaba en “chinge” sin la presencia de la servidumbre.

Para Zandra Pedraza, durante el siglo XIX los sentidos propiciaron un cambio a una nueva clasificación de sus aprehensiones[37]. La noción de lo limpio, especialmente el olfato, revolucionó la percepción de los olores; igualmente, la afrenta a la integridad moral y física:

Al subrayarse el papel de los sentidos en la aprehensión de la realidad y en la educación, se empezó a plantear la necesidad de despejar los sentidos de la percepción de “lo verdadero”: olores, basura, oscuridad, todo aquellos fenómenos[38].

Miguel Angel Urrego señala que en el período comprendido entre el siglo XVIII y el cuarto de baño[39]. En éste había ducha, espejo, inodoro y objetos de aseo como crema de afeitar, etc. Esto permitió un encuentro de las personas con el espacio personal pasó de las actividades diarias de lavado de manos y cara a la ducha. Esto estableció ritmos cotidianos que alteraron tanto los horarios, como los tradicionales paseos bogotanos a los ríos para bañarse el cuerpo. Así, cambiaron los ritmos cotidianos, pues el cuidado del cuerpo requería un espacio.

Al comenzar este artículo se señaló que en ciertos barrios (por ejemplo, en las casas de dos pisos, las familias de la capital arrendaban el primer piso para las tiendas en las que trabajaban y habitaban pequeños comerciantes, y los recintos se hallaban incomunicados con el interior de la casa y los espacios higiénicos y faltos de ventilación [40].

La rápida descripción que se ha realizado de los hogares de la oligarquía existentes al interior del mismo estaban jerarquizados, reflejando la estructura social. Recordemos que la máxima autoridad en el hogar y el proveedor de recursos al hogar o quienes vivían en él, constituían los referentes de lo masculino. La responsabilidad económica quedaba en cabeza de la madre, sin embargo, ella no tenía a su cargo las riendas del hogar durante el día mientras su esposo tenía que ausentarse. La mujer y el espacio hogareño estaban unidos por un espacio “femenino”, aun en “su propio” espacio, estaba subordinado, reflejando el imaginario letrado de la época como: cultura (masculino) – naturaleza (masculino), intelectual (masculino) – práctico (femenino). Es así como los niños/as, la alimentación, la preservación de las buenas relaciones

cuidado de la naturaleza y el afecto a cargo de las mujeres fueron el contexto descrito, ¿qué haríamos sin alimentación, limpieza y mantenimiento hasta la misma especie sobrevivir sin estas acciones?

En el cuadro que sigue a continuación presentamos una síntesis de

Cuadro 1 (ver PDF pag 121)

En el cuadro anterior, fuera de sintetizar la información antes presentada, estrecha que existe entre el espacio vivido y el conocimiento, como el predominio del conocimiento abstracto entre los varones hegemónicos, cercanas a la naturaleza, a la tierra y al cuidado y preservación del espacio: el jardín, la cocina, el lavadero, el cuarto del servicio y el baño.

3. unas últimas ideas

El espacio ha sido construido históricamente en Occidente como un escenario, así mismo como “escenario” y base de la acción social, y no como una dimensión temporal de la actividad humana que en Occidente ha tenido el “desarrollo” o “modernidad”, en detrimento de una perspectiva propia de estas actividades. Al temporalizar la acción, se olvidan los sujetos: el individuo o grupo humano es en sí mismo.

Los baluartes del siglo XIX fueron el progreso, el orden y la civilización. Dichas acciones contenían una invisibilización y subvaloración de la naturaleza y de quienes estaban cercanas/os a ella; y en el caso español por las mujeres en estos lugares. Si bien a ellas se las presentaba como el centro de reflexión de muchos escritos del siglo tanto en Europa como en España, sustancialmente con los avances propuestos por los letrados de la época.

El hogar habitado por la familia y vivido especialmente por mujeres y niños, por varones. Ellos difícilmente consultaban las necesidades ajenas. Como vimos en la primera parte, esto ocurrió con el diseño de las ciudades modernas: “inamovibles”, aguas canalizadas, luz permanente para acceder más allá de la síntesis, “ordenar” y “someter” la naturaleza. El cuidado y el respeto a la naturaleza complementaria inseparable de la producción y consumo, para presentarse buscaba después de la “Independencia”. La reproducción quedó en manos de los varones hegemónicos.

Anexo 1 A-B (ver PDF pag 123-124)

Anexo 2 (ver PDF pag 125)

Anexo 3 (ver PDF pag 125)

Anexo 4 (ver PDF pag 126)

Anexo 5 A-B (ver PDF pag 126-127)

Anexo 6 (ver PDF pag 127)

[*] Profesora del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes

[**] Estudiante de Historia de la Universidad de los Andes«« [Volver](#)

[1] GARCIA C. María Inés, “Espacio diferenciado de género. Hacia otras palabras...”, N° 5, Grupo Mujer y sociedad, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1999.«« [Volver](#)

[2] Es decir, el patriarcalismo y etnocentrismo.«« [Volver](#)

[3] El hombre y la mujer como centro del universo.«« [Volver](#)

[4] MERCHANT, Carolyn, Ecological revolutions, The University of Chicago Press, 1975.

[5] RAMIREZ, María Himelda, “El género y el desorden en Santa Fe de Bogotá”, Bogotá, 1999.
[Volver](#)

[6] ZAMBRANO, F., BERNARD, O., Ciudad y territorio, el proceso de Bogotá, Instituto francés de estudios andinos, Fundación Misión Colombia, Bogotá, 1988.

[7] O., cit., p.14.«« [Volver](#)

[8] MARTÍNEZ C. Aída, “La vida material en los espacios domésticos”, Bogotá, 1996, p.«« [Volver](#)

[9] ZAMBRANO F., BERNARD O., op. cit.«« [Volver](#)

[10] Fundación Misión Colombia, Historia de Bogotá, t. II, Directores: Juan Carlos Rodríguez Cordero y Juan Carlos Rodríguez Cordero, Editores, 1988.«« [Volver](#)

[11] Op. cit.«« [Volver](#)

[12] No era casual la utilización de nombres religiosos, pues la Santa Fe de Bogotá era una ciudad más pequeña que París, siendo esta ciudad más pequeña.«« [Volver](#)

[13] Fundación Misión Colombia, op. cit.«« [Volver](#)

[14] LONDOÑO, Patricia, “La mujer santafereña en el siglo XIX”, Bogotá, 1994.«« [Volver](#)

[15] SALDARRIAGA A., CASTAÑEDA A., VILLEGAS Benjamin, Bogotá, 1994.

Santafé de Bogotá. Villegas editores, 1998«« [Volver](#)

[16] Fundación Misión Colombia, op. cit.,«« [Volver](#)

[17] op. cit.«« [Volver](#)

[18] op. cit.«« [Volver](#)

[19] KELLER, Evelyn, GRONTKOWSKI, Christine, “The mind’s Femenism and Science, Oxford University Press, 1996.«« [Volver](#)

[20] Los escritos de Montserrat Ordóñez sobre la novela La Vorágine expuesto; cf. MONSERRAT O., Vila, “La vorágine (Rivera)” en F. RIVERA, José Eustasio, La Vorágine, Edición de Montserrat Ordóñez

[21] BLANTON, Richard, “Architecture”, en Enciclopedia of Culture, New York, 1996.«« [Volver](#)

[22] SALDARRIAGA A., CASTAÑEDA A., VILLEGAS B, 1998

[23] MARTÍNEZ, Carlos, Santafé, capital del Nuevo Reino de Granada

[24] BERMUDEZ, Suzy, en colaboración con DAVILA, María Carolina, desde una perspectiva de género“, inédito.«« [Volver](#)

[25] URREGO M. A., Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, Bogotá, Planeta Colombiana, 1997«« [Volver](#)

[26] MARTÍNEZ C., Aída, “Mujeres y familia en el siglo XIX, 1890-1900”, t. II, Consejería Presidencial para la política social, Editorial Norma

[27] GUERRA, Lucia, “Las topografías de la casa como matriz tra la cultura americana”, en En otras palabras..., N° 6, Grupo Mujer y sociedad, de la mujer y fundación promujer, Bogotá, 1999, en edición.«« [Volver](#)

[28] BERMUDEZ, Suzy, El bello sexo. La mujer y la familia dura, Bogotá, 1993.«« [Volver](#)

[29] GUERRA Lucia, op. cit.«« [Volver](#)

[30] CORRADINE, Alberto, Historia de la arquitectura colombiana

[31] ARANGO, Silvia, Historia de la Arquitectura en Colombia, U

[32] GUERRA Lucia, 1999, op. cit.«« [Volver](#)

[33] MARTÍNEZ C. Aída, 1995, op. cit. «« Volver

[34] CORRADINE Alberto, 1989, op. cit. «« Volver

[35] GONZÁLEZ, Lina Marcela, REYES, Catalina, “La vida dom
la historia de Colombia, t. II, op. cit., p. «« Volver

[36] Fundación Misión Colombia, op. cit., p. «« Volver

[37] PEDRAZA G., Zandra, En cuerpo y alma: visiones del progre
Departamento de Antropología, Bogotá, 1999. «« Volver

[39] URREGO, A., Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1
Bogotá, Planeta Colombiana, 1997, p. «« Volver

[40] VARGAS, Lesmes Julián, La sociedad de Santafé Colonial, E

[41] BERMUDEZ Q. Suzy, 1993, op. cit. «« Volver

[42] SOJA, Edward, “Postmodern geographies. The reassertion of
1989. «« Volver

[43] GARCIA, Moreno Beatriz, “Las mujeres y los lugares de mor
palabras..., N° 5, op. cit. «« Volver

■ Inicio ⇨ Revista No 19

Los espacios en los hogares de la elite santafereña en el siglo X

Carrera 1 18A 10 Edificio Franco 4 piso | Bogotá, D.C

2. la transformación del espacio doméstico

Richard Blanton describe que las formas domésticas construidas en los hogares expresan la cultura y la reproducen por generaciones, haciendo tangible las divisiones sociales y las jerarquías comprendidas en el sistema cultural de una sociedad. La jerarquía social doméstica está evidentemente vinculada y reforzada cuando se vive la vida cotidiana en las actividades realizadas en las casas como hábitat; muchos aspectos de las forma de la casa pueden ser desplegados en la construcción del hábitat. La división, a su vez, especifica poderosos dominios sociales de la casa, por ejemplo, señalando espacios y cuartos específicos para las actividades de varones y mujeres[21].

Las casas de vieja tradición hispánica transmitieron a las republicanas sus zaguanes, patios

y corredores, con sus recintos en penumbra y sus solares sembrados de árboles o dispuestos para caballerizas. Castañeda, Saldarriaga y Villegas describen que “Entre 1820 y 1850 las casas se transformaron, a los muros de tapia y adobe se adhirieron papeles de colgadura. Se aplicaron moldaduras en yeso en los cielos rasos. A las fachadas lisas se añadieron portales y cornisas elaboradas. Se colocó vidrio en corredores y balcones”[22].

Los autores de “Casa Republicana: Colombia’s Belle Epoque”, señalan que la arquitectura en Colombia sufrió una gran influencia cultural europea, en donde se vivía la “Bella época”, movimiento que exaltaba el esteticismo, el espíritu lúdico y sensual, y el goce de los placeres materiales. Mencionan así mismo que en Bogotá, para este mismo período, se podía identificar una “bella época” en las costumbres y gustos sociales. No se debe olvidar que el incremento gradual en la actividad urbana coincidió con las reformas liberales que propiciaron el crecimiento económico de varios comerciantes que vivían en la ciudad; además la apertura hacia nuevas ideas que llegaban a través de la prensa, permitió realizar cambios en la arquitectura doméstica.

Carlos Martínez[23] manifiesta que al adquirir la sociedad bogotana un comportamiento más refinado, es decir similar al de la nobleza y la burguesía europea, se produjo la necesidad de crear un recinto apropiado para comer, pues antes el comedor compartía el mismo espacio de la sala o un salón. Esta determinación dio lugar a una galería sobre el patio. El comedor y el salón estaban situados a los lados opuestos; los otros lados estaban destinados a alcobas. De este modo, sobre el lado posterior, se abrían los cuartos dispuestos como depósito, cocina o habitaciones para el personal de servicio, los cuales circundaban un nuevo patio que se denominaría “patio de servicio”. Estas características se presentaban para las casas de un piso. Para las de dos pisos, el autor mencionado describe los siguientes cambios: el primero de ellos, fue diseñar una galería situada sobre la estancia de la fachada, a la cual desembocaba el zaguán y de donde partía uno de los extremos de la escalera que conducía al piso superior; la segunda variación fue crear en la planta superior una galería periférica al patio. La tercera fue construir salas de recibo hacia la calle con corredores cubiertos que daban acceso a los dormitorios. Al fondo del segundo piso se encontraba la cocina y la escalera trasera que conducía a las dependencias de la planta baja (anexo 4).

La explicación que se ha propuesto, para comprender cómo se conformaron a lo largo del siglo los espacios anteriormente descritos, se relaciona con los conceptos de individuo, privacidad e intimidad[24] entre las elites capitalinas. Miguel Ángel Urrego explica que la familia burguesa se encerraba en sí misma, en torno a su privacidad, y existía una clara diferenciación espacial y física entre ésta y las demás clases sociales[25]. Esto se expresaba, según el autor, en sus nuevos barrios, sus viviendas amplias, las fachadas de las casas, los innumerables objetos con que las decoraban y en el uso de los servicios públicos. Esta noción estará, según Urrego, asociada al proceso de consolidación de la burguesía, puesto que la intimidad, junto con la noción de vida privada, fueron valoradas cada vez más por la cultura hegemónica. Así, la naciente burguesía adquirió nuevos valores, discursos y rituales que buscaban recluir tanto la vida en pareja como la familia. Esto se comprueba en la distribución espacial en el hogar; es así como se identificaban áreas que se diferenciaban en forma más notoria por factores como el género, la edad y la clase.

Si durante el Período Colonial se asociaba a la mujer con el hogar, después de la

“Independencia”, esto continuó y se fortaleció no sólo por la influencia de la religión católica, que durante este siglo valoró la imagen de la Virgen – Madre, sino por la Victoriana[26]. La separación imaginaria que se construyó a lo largo del siglo XIX entre lo privado y lo público, sirvió para diferenciar las esferas entre los varones y mujeres hegemónicas/os, es decir de una minoría, pues el resto de la población difícilmente se acoplaba a esta propuesta, ajena a lo vivido.

A continuación, presentamos información sobre algunas de las áreas mencionadas, en las que podemos apreciar cómo, aunque al hogar se lo asociaba a nivel espacial con lo femenino, en su interior se reproducían las jerarquías de diferente orden que se manifestaban en lo público. La reciente publicación de Lucia Guerra asegura que “... en su calidad de espacio cerrado que provee alimento y protección, la casa se constituye en una extensión del espacio uterino”[27]. Por tal razón, el espacio doméstico se asociaba a lo femenino: en él, la mujer era el centro y el corazón[28], o el “ángel” del hogar[29]. Pero no olvidemos que este centro privado estaba sujeto a lo público; el corazón a la razón; y el ángel a Dios Padre.

Como lo señalábamos anteriormente, la imagen externa de la vivienda sufrió cambios notorios, pues era el símbolo público del poder socio económico de la familia (anexo 5 A y B). Alberto Corradine escribió que las casas de la oligarquía de la segunda mitad del siglo, vistas desde la vía pública, se apreciaban de la siguiente forma. En el caso de las de un solo piso, la apariencia exterior se veía determinada por la presencia del portón acompañado de una o más ventanas, que eran ventanucos al ras del muro o la ventana protegida por una reja sobresaliente. Para el segundo piso se apreciaban balcones corridos que se complementaban con las galerías interiores[30].

Los balcones y ventanas revestían gran importancia, especialmente para quienes pasaban la mayor parte del tiempo en la casa, como las mujeres, pues se convertían en el punto de encuentro entre la vida doméstica y la calle; en la mayoría de los casos, lo que separaba estos dos ámbitos eran las rejas o cortinas; existían muy pocas casas que poseían vidrios.

Silvia Arango señala que la relación con la calle era gradual[31]. El zaguán de entrada era un punto neutro de transición enmarcado en dos límites: el portón de la calle, que permanecía abierto durante el día y el contraportón, cerrado, que marcaba la entrada definitiva a la vivienda, a través del patio o del vestíbulo. De acuerdo con Aida Marínez C., a lo largo del siglo se introdujeron en las salas muebles franceses, pequeños y variados, finamente trabajados y con estilos cambiantes que definieron el estilo de las casas decimonónicas; las viviendas se saturaron con estos objetos en ocasiones inútiles pero indispensables para conservar el estilo de vida burgués[32]. Para los años cincuenta, señala la autora, los ricos traen de Francia la totalidad de sus salones[33], buscando tener un hogar “moderno”, es decir, de corte occidental. Dicho mobiliario en parte lo adquirían en sus viajes al exterior. Es de anotar, de acuerdo a esta descripción, que lo más moderno eran las áreas de las casas que tenían mayor contacto con el público. Martínez explica que desde las primeras décadas del siglo anterior, en las viviendas se organizaban tertulias, bailes y conciertos en los salones. Esta costumbre persistió a lo largo del siglo XIX, aun cuando en la segunda mitad del mismo, la ciudad ofrecía un poco más de distracciones a las que podían asistir los/as adultos/as de las familias, como fue el caso de la ópera, con la apertura

del Teatro Colón.

La biblioteca, cuando se contaba con ella, era un espacio que se asociaba particularmente con los varones; en ella, la lectura, las acciones relativas a los negocios fuera de la oficina y, en ocasiones, la socialización del padre con sus familiares o amigos, eran las actividades esperadas. La biblioteca era así mismo el lugar donde se constataba el conocimiento europeizante letrado de los varones de la familia y por ende en parte su estatus social.

En las casas de este sector social de la población santafereña, se buscó recrear parte de lo que existió fuera de ellas. Un ejemplo lo constituyó la presencia de oratorios o altares pequeños para rezar cuando no se iba a la iglesia. Quienes más contacto tenían con los mismos, se esperaba que fueran las mujeres jóvenes y adultas, dado que estaban más circunscritas a los límites del hogar. En el oratorio a veces se reunían para la oración vespertina los miembros de la familia, en la que participaban los/as sirvientes/as. Cuando la vivienda no contaba con este espacio, era frecuente la presencia de santos/as en las casas. Otro ámbito frecuentado por la señora o señoritas del hogar era el salón de música, en el que era usual encontrar instrumentos como el piano. Esta actividad era aceptada para las mujeres en la Santa Fé de antaño como parte de sus actividades cotidianas, que en ocasiones era socializada en las tertulias y reuniones que se llevaban a cabo en los hogares.

A través del siglo XIX se implementó el jardín. El antiguo solar colonial que cumplía más con la función de huerta que de jardín, fue complementado con plantas ornamentales que se colocaron en los patios interiores. Alberto Corradine explica que el patio se tornaría en un espacio donde crecerían inicialmente arbustos y se transformaría finalmente, en razón del seguimiento por el refinamiento europeo, en el ámbito destinado al cultivo de flores y plantas aromáticas[34]. Este lugar se convirtió, gracias al cuidado directo de la señora de la casa y de sus hijas, o bajo su dirección, en un ámbito de deleite visual y esparcimiento en el hogar. Fue frecuente que en alguno de los patios crecieran aves de corral y alguno que otro animal doméstico, pero cada vez menos estarían presentes las bestias de carga y los arrieros. En cuanto a los cuartos, la habitación de los padres adquirió independencia, así como la de los/as hijos/as. Es de señalar que en ocasiones el señor y la señora tenían dormitorios separados. Igualmente ocurrió con los/as niños/as y jóvenes. Por consiguiente, se veía una clara demarcación por sexo y por edad.

El área del patio trasero, que estaba conformada por los cuartos de servicio, el lavadero y la cocina, era un lugar que se hallaba apartado y casi excluido de los “señores” e hijos/as de la familia, pero en contacto con la naturaleza, ya que en este patio se encontraban la huerta y los animales. La cocina decimonónica se caracterizó por ser un lugar oscuro, lleno de humo, de moscas y muchas veces de animales domésticos. Sin embargo, en un número reducido de casas a finales de siglo, se convirtió paulatinamente en un lugar caracterizado por la limpieza. Este lugar fue el que más sufrió transformaciones al inicio de la presente centuria; la implantación de la energía y los avances tecnológicos, permitieron a las familias con ingresos altos contar con aparatos como el fogón eléctrico[35].

El comedor, al ser el punto de reunión diaria de la familia, tenía una jerarquía definida; ésta se identificaba espacialmente de acuerdo a como se sentaban los/as comensales. El padre estaba en la cabecera y, en su ausencia ocasionalmente, la madre. La señora de la casa o

las/os sirvientes servían la comida. El resto de la familia, de acuerdo a las reglas de urbanidad, sabía qué lugares ocupar; la manera de comer; la actitud que debían tener, etc. Es así como el comedor no se limitaba a ser el espacio de reunión familiar para compartir las comidas, sino que era el lugar en donde se acentuaban los roles jerárquicos entre los/as comensales, y entre estos y quienes les servían, por factores de edad, género, clase y, en ocasiones, étnicos. No olvidemos que los dueños de casa se sentían o buscaban ser “blancos” culturalmente y en lo posible también físicamente, y eso esperaban de sus hijos/as, mientras que sus sirvientes eran en ocasiones mestizos/as, mulatos/as, indios/as o negros/as (anexo 6).

La incorporación de conceptos como lo limpio y la intimidad del cuerpo generó una transformación del espacio doméstico. Las soluciones propuestas fueron hacer uso de la bacinilla, acudir a las letrinas de las casas o públicas, ubicadas sobre ríos; en cuanto al baño, hacer un paseo semanal a las afueras de Bogotá. Existía una opción alterna para el baño diario: consistía en que aprovechando un día soleado se ubicaba un platón de agua en el patio, se dejaba tibia el agua y la persona se bañaba en “chinge” sin la presencia de la servidumbre[36].

Para Zandra Pedraza, durante el siglo XIX los sentidos propiciaron un reconocimiento diferente del cuerpo y dieron paso a una nueva clasificación de sus apprehensiones[37]. La noción de limpieza, que según la autora, involucra la vista y especialmente el olfato, revolucionó la percepción de los olores; igualmente la visión de la suciedad se convirtió en afrenta a la integridad moral y física:

Al subrayarse el papel de los sentidos en la apprehensión de la realidad y en el desarrollo de la persona y su importancia en la educación, se empezó a plantear la necesidad de despejar los sentidos, de suprimir todo lo que pudiera perturbar la percepción de “lo verdadero”: olores, basura, oscuridad, todo aquello que se interpusiera a una cabal apreciación de los fenómenos[38].

Miguel Angel Urrego señala que en el período comprendido entre 1880 a 1930 se da el paso de la bacinilla y la palangana al cuarto de baño[39]. En éste había ducha, espejo, inodoro y objetos para el aseo personal como jabones, crema dental, crema de afeitar, etc. Esto permitió un encuentro de las personas con su cuerpo y la interiorización del mismo. El aseo personal pasó de las actividades diarias de lavado de manos y cara, o el baño semanal, a una limpieza de todo el cuerpo. Esto estableció ritmos cotidianos que alteraron tanto los horarios, como el significado de las prácticas diarias del aseo y los tradicionales paseos bogotanos a los ríos para bañarse el cuerpo. Así, las nuevas nociones de lo limpio y lo sucio cambiaron los ritmos cotidianos, pues el cuidado del cuerpo requería tiempo y un nuevo ritual en la intimidad.

Al comenzar este artículo se señaló que en ciertos barrios (por ejemplo San Victorino) era frecuente encontrar que en las casas de dos pisos, las familias de la capital arrendaban el primer piso y habitaban en el segundo. Esto dio lugar a las tiendas en las que trabajaban y habitaban pequeños comerciantes, artesanos, obradores y en ocasiones chicherías. Estos recintos se hallaban incomunicados con el interior de la casa y los patios, por consiguiente tendían a ser oscuros, anti higiénicos y faltos de ventilación [40].

La rápida descripción que se ha realizado de los hogares de la oligarquía santafereña, permite apreciar que los espacios existentes al interior del mismo estaban jerarquizados, reflejando las desigualdades que existían en la sociedad. Recordemos que la máxima autoridad en el hogar y el proveedor del mismo era el padre; él y los varones adultos cercanos al hogar o quienes vivían en él, constituían los referentes de lo masculino. En ausencia del padre, la autoridad y responsabilidad económica quedaba en cabeza de la madre, sin embargo, esto no se esperaba de ella. Lo ideal era que ella tuviera a su cargo las riendas del hogar durante el día mientras su esposo trabajaba, o por breves temporadas cuando él tenía que ausentarse. La mujer y el espacio hogareño estaban unidos. Este era el referente de lo femenino; y lo “femenino”, aun en “su propio” espacio, estaba subordinado, reflejando dicotomías asimétricas que hacían parte del imaginario letrado de la época como: cultura (masculino) – naturaleza (femenino), privado (femenino) – público (masculino), intelectual (masculino) – práctico (femenino). Es así como el mantenimiento del hogar, la crianza de los/as niños/as, la alimentación, la preservación de las buenas relaciones en el hogar, la administración del mismo[41], el cuidado de la naturaleza y el afecto a cargo de las mujeres fueron labores subvaloradas. Nos preguntamos frente al contexto descrito, ¿qué haríamos sin alimentación, limpieza y mantenimiento, descanso o afecto? ¿Podrían las familias y hasta la misma especie sobrevivir sin estas acciones?

En el cuadro que sigue a continuación presentamos una síntesis de lo antes expuesto.

Cuadro 1 (ver PDF pag 121)

En el cuadro anterior, fuera de sintetizar la información antes presentada para el hogar, hacemos referencia a la relación estrecha que existe entre el espacio vivido y el conocimiento, como ocurre en el hogar con las mujeres, al igual que el predominio del conocimiento abstracto entre los varones hegemónicos. Así mismo, se aprecia que son justo las áreas más cercanas a la naturaleza, a la tierra y al cuidado y preservación del cuerpo y del hogar, las menos valoradas como el patio, el jardín, la cocina, el lavadero, el cuarto del servicio y el baño.

3. unas últimas ideas

El espacio ha sido construido históricamente en Occidente como algo fijo, muerto, inmóvil[42]. Se le ha conceptualizado así mismo como “escenario” y base de la acción social, y no como parte de ella. Esta perspectiva terminó privilegiando la dimensión temporal de la actividad humana que en Occidente ha tendido a ser lineal, afectando nociones como “desarrollo” o “modernidad”, en detrimento de una perspectiva que haga converger tanto el tiempo como el espacio propio de estas actividades. Al temporalizar la acción, se olvidan las diferencias resultantes de la posición que cada individuo o grupo humano es en sí mismo.

Los baluartes del siglo XIX fueron el progreso, el orden y la civilización. Pero, como lo hemos señalado en este escrito, dichas acciones contenían una invisibilización y subvaloración de lo femenino, es decir, de lo espacial, del territorio, de la naturaleza y de

quienes estaban cercanas/os a ella; y en el caso específico de este artículo, de las actividades realizadas por las mujeres en estos lugares. Si bien a ellas se las presentaba como el centro, corazón o ángel del hogar, y fueron el centro de reflexión de muchos escritos del siglo tanto en Europa como en América, su condición no mejoró sustancialmente con los avances propuestos por los letrados de la época. Esto se reflejaba en los espacios domésticos

El hogar habitado por la familia y vivido especialmente por mujeres e hijos/as, era diseñado en su estructura y construido por varones. Ellos difícilmente consultaban las necesidades ajenas y planeaban todo desde su óptica. Así mismo como vimos en la primera parte, esto ocurrió con el diseño de las ciudades, basadas en el ángulo recto[43], muros gruesos “inamovibles”, aguas canalizadas, luz permanente para acceder más fácilmente a lo “real” y evitar la oscuridad. En síntesis, “ordenar” y “someter” la naturaleza. El cuidado y el respeto que se le debía a la misma como estrategia complementaria inseparable de la producción y consumo, para preservar la vida, no era parte del “progreso” que se buscaba después de la “Independencia”. La reproducción quedó en manos de las mujeres y de los varones no hegemónicos.

Anexo 1 A-B (ver PDF pag 123-124)

Anexo 2 (ver PDF pag 125)

Anexo 3 (ver PDF pag 125)

Anexo 4 (ver PDF pag 126)

Anexo 5 A-B (ver PDF pag 126-127)

Anexo 6 (ver PDF pag 127)

[*] Profesora del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes. «« Volver

[**] Estudiante de Historia de la Universidad de los Andes «« Volver

[1] GARCIA C. María Inés, “Espacio diferenciado de género. Hacia la configuración de heterotopías de placer”, en En otras palabras..., N° 5, Grupo Mujer y sociedad, Universidad Nacional de Colombia, Corporación casa de la mujer y fundación promujer, Bogotá, 1999. «« Volver

[2] Es decir, el patriarcalismo y etnocentrismo. «« Volver

[3] El hombre y la mujer como centro del universo. «« Volver

[4] MERCHANT, Carolyn, Ecological revolutions, The University of North Carolina Press, USA, 1989. «« Volver

[5] RAMIREZ, María Himelda, “El género y el desorden en Santafé Colonial. 1750-1810”, en En otras palabras..., ibid. «« [Volver](#)

[6] ZAMBRANO, F., BERNARD, O., Ciudad y territorio, el proceso de poblamiento en Colombia, Academia de historia de Bogotá, Instituto francés de estudios andinos, Fundación Misión Colombia, Colombia, 1993. «« [Volver](#)

[7] O., cit., p.14. «« [Volver](#)

las construcciones que más llaman la atención debido a su magnífica estructura en piedra. Por eso es que se constituye en centro de interés histórico y el principal referente de concentración poblacional durante las fiestas religiosas.

Ventanas enrejadas portones tallados, techos de tejas rojas y aleros casas de 1 o 2 pisos de paredes anchas de adobe, con balcones, con patio centrales. Techos de dos aguas teja roja de barro y algunos balcones volados; se combinaban las técnicas mestizas de la albañilería española y la cultura indígena y se incorporó el cemento y el hierro. Es sosegada cierta austera, bases de esta arquitectura la madera , el barro cocido, paredes enjalbejadas